





OPIO



Javier Hernández Manrique

OPIO



Primera edición: mayo de 2022  
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.  
© Javier Hernández Manrique

ISBN: 978-84-19340-38-2  
ISBN digital: 978-84-19340-39-9  
Depósito legal: M-13142-2022

Editorial Adarve  
C/ Ros de Olano, 5  
28002 Madrid  
[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)  
[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





## PRÓLOGO

¡Oh, Amor, que has echado a tierra la soberbia y aireado el pecho de los más recios en suspiros! ¡Tú, que a los héroes has sumido en el llanto, y por quien tantas vidas fueron y son malgastadas y ciudades arrasadas! ¡Oh, compañero perenne de la Humanidad, por el que no cesan de verterse lágrimas amargas y dulces, por el que no cesan de construirse esperanzas sobre el brillo de una mirada distraída ni de llorarse desengaños! ¡Tú nos sigues despertando los más bellos sueños y ensueños para golpearnos luego desalmadamente y cubrir de polvo agrio nuestras más cándidas y tiernas intenciones!

Tú has exprimido cruelmente el ingenio de los más excelsos poetas, que te han consagrado sus más perfectas y sentidas rimas tras deshacerse en llanto y consumirse en ansia estéril. ¡Tú nos has obsesionado, nos has robado el tiempo y nos has amargado la existencia, cruel compañero de camino! ¡Tú, peor que Fortuna, que al justo mueves a injusticia, al santo a impiedad y al virtuoso a vicio para recoger el fruto amargo de aquella semilla que sembraste en sus pechos, raíz de su aficción y sus desvelos! ¡Tú, que te has hecho llamar «dios» en tu arrogancia! ¡Tú, que has hecho al rico dilapidar su fortuna; al desvelado y diligente, amodorrarse y postarse en la desidia; y a los niños aún candorosos has escarmentado con golpes destemplados, a destiempo y sin razón!

¡Te has llevado todo! Panegíricos, estatuas, pinturas, alabanzas, lágrimas, deseos, esperanzas, noches, días, ¡vidas! A ti se te han consagrado las más acres horas de nuestras existencias, nuestras

desesperanzas más acervas, como ofrendas para un dios cruel que se recrea en nuestra desazón y siempre provisto de nuevos motivos de aflicción que regalarnos.

Tuyos son el desengaño —¡cruel maza, frío golpe de realidad!—, la melancolía y abulia —¡infames somníferos que engrisecen la vida, que la abaten y la matan lentamente!—, los celos —más ardientes que la lumbre, cuando la impotencia y la desazón engendran una rabia que consume nuestro ser, más rabia sin consuelo ni remedio—; y cuántos más pudiese citar de no querer cansar a quien leyere; pero sabe, lector, que son muchos más para este señor del poder y la gloria.

Y yo, sin embargo, te vencí.

# MORADA DE LAS AMAPOLAS



## CAPÍTULO I

Cómo quisiera sumergirme en las entrañas más replegadas de mi mente y reconocer, entre las inciertas brumas de la nada de mi tiempo, la primera sensación que tuve, la primera percepción que me extrajo a la Vida, mi primer momento. Lejos de poder pasear y discernir a voluntad entre las plantas de un bien dispuesto jardín, una amalgama pegajosa de recuerdos infantiles, como yerba húmeda y lodo que se me adhiriesen, se entremezclan en mi mente sin que esta, remontándose a mi pasado ya lejano, pueda colocarlos en buen orden.

Cómo deseara, mamá, recordar el primer beso que tus labios posaron con delicadeza y ternura inefable en mi tierna cabeza de recién nacido; cómo quisiera poder sentir ese derrame bendito de amor puro sobre mi frente de nuevo. Pero no recuerdo ni tu beso ni el calor de tus brazos cuando me tomaron, con suma delicadeza amorosa al salir, desnudo, de la desnudez absoluta.

Y es que, según me parece a mí, nadie recuerda los besos de una madre, ni el primero ni el resto. Más bien, ocurre que se forma en la mente la imagen paradigmática de la madre en el acto de besar, y es así como un amor único y precioso en cada una de sus manifestaciones es constreñido en un molde mediocre y frío. Sin embargo, solo los besos de una madre, tan simples, tan leves, a veces meras caricias de sus labios, son los únicos que instilan amor verdadero y entregado más allá de lo que cualquier hombre, como yo, pueda nunca comprender. Y, sin embargo, los olvidamos.

Pero los besos de dos corazones alcanzados por la flecha dorada no se olvidan, sino que se guardan en cajas preciosas en los

mejores anaqueles de nuestra memoria. Pues estos besos tienen a modo de un veneno adictivo que nos fuerza a buscarlos a pesar de que cada vez que los hallamos, nuestra vida acaba por engrisecerse un poco y una parte de nuestro corazón, en la que nunca brotarán de nuevo las emociones que la marchitaron, muere otro poco. Estos besos, digo, no se olvidan. Y yo, que no soy ninguna excepción a la ley humana, los recuerdo con clara nitidez.

¡Es ya tan lejano el tiempo! No recuerdo qué sentía, si amor u otro sentimiento, pero sé que sentía. Siempre se siente.

Fue en el colegio. Cuando yo era pequeño, vino a la mente de mis padres llevarme a un colegio mixto, en contra del uso y costumbre de la época, por lo que mi contacto con toda clase de niñas fue muy temprano. Recuerdo esos días de sol, que aún brillan en la niebla de mis memorias, en los que jugaba en el patio, a veces solo, a veces acompañado, y a veces con ella, con mi Beatriz, una niña morena, con pecas graciosas en sus mofletes que se unían saltando sobre la nariz. Cuando corríamos por el patio, dos disimulados rosellones pintaban sus mejillas. Yo solo la veía en el patio, cuando jugábamos, y donde con un audaz atrevimiento nos tocábamos las manos con candorosos roces y caricias que solo la más inocente infancia puede conceder.

No recuerdo de qué hablábamos, claro está. ¿Quién recuerda las conversaciones que tenía en parvulario? Mas sí recuerdo que nuestra relación comenzó de mutuo acuerdo. No sé quién lo propuso, pero ambos estuvimos encantados y mis fugaces años de parvulario los viví junto a ella. No llegué a besarla porque mi juicio de entonces lo consideraba un exceso; a mí me bastaba su presencia para amenizar mis ratos con sus juegos y para ayudarme a sentirme acompañado en mis ratos de soledad.

Ahora me salta a la mente el último día de curso, cuando aquella etapa preescolar acababa y salíamos de aquella aula como alumnos por última vez. En los percheros colgaba una foto de cada uno de nosotros para que supiésemos en cuál colgar nuestras prendas de abrigo: yo cogí la suya y ella cogió la mía, para guardarla y

observarla durante el verano, aquel largo periodo en que no nos habíamos de ver. Guardé la foto en un cajón de mi habitación y, cuando estaba seguro de que nadie de mi familia rondaba cerca, lo abría y me quedaba mirándola, inmóvil junto a mí, muchas veces sin tocarla, como si fuese una imagen divina. Beatriz.

Cuando volvimos de las vacaciones éramos la habladuría de la escuela. Los demás niños nos miraban, envidiosos de nuestro amor duradero o lo que quiera que fuese. Pero cuando nos veían juntos, nos miraban envidiosos, Beatriz, con sonrisas picarescas, de vergüenza incluso. ¡Vergüenza porque no entendían!

Para mí, Beatriz era un tesoro, intocable, prístino. Una pureza que no se me ocurría mancillar con un acto grosero. Era mi tesoro, mi luz. Era mi Beatriz.

Recuerdo cuando me regalaste dos corazones que coloreaste de rojo intenso del tamaño de la suave palma de tu mano. En uno escribiste nuestros nombres y en otro un inocente «te quiero». Me los hiciste llegar junto con una nota en clase. ¡Cómo guardé aquella reliquia! Puede que aún ande por mis cajones o cofrecillos de recuerdos. Yo los miraba ávido, los examinaba volteándolos una y otra vez, comiéndolos con los ojos y descolorándolos con el manoseo, sin creer que pudiese haber una persona tan hermosa en el mundo que me dijese «te quiero».

¡Qué dulce era nuestro amor, Beatriz!

Pero todas las cosas tienen final, y nuestra relación también debía concluir alguna vez. Un día, a la salida de clase viniste resuelta, como tú eras —¡siempre tú!—, y me dijiste con voz firme y clara mirándome a los ojos:

—Te dejo.

—Vale— fue mi escueta respuesta. Te giraste con ese bamboleo de trasero tan tuyo y marchaste. Yo también estaba cansado de aquella larga relación, pero tú diste el paso. Nunca te guardé rencor, Beatriz, ni siquiera cuando al día siguiente te hiciste novia de mi mejor amigo, con quien jugaba a los aventureros en el recreo. Nunca he sido avaricioso con las mujeres ni me ha impor-

tado compartirlas ni que me compartan, ni jamás pensé que una amistad se pudiese romper o siquiera deteriorar por una de ellas. Y estas ideas llevan a mi lado desde mi más tierna infancia, como puede observar el lector.

## CAPÍTULO II

Yo vivía en un pequeño barrio a las afueras de la ciudad que nosotros, los vecinos, considerábamos como un pequeño pueblo. Era un amontonamiento de casas distribuidas a lo largo de trazados irregulares pero de edificación sólida, interior espacioso y exterior ordenado y de buena apariencia. Un barrio de inmigrantes y de gentes en busca de calma y alejamiento del bullicioso centro urbano. Había varias familias con niños de mi edad o rondándola, con los que jugaba de vez en cuando. Y también había niñas, que es lo que interesa a esta historia.

Había muchas, por la mayoría de las cuales sentía curiosidad, e incluso atracción, pero no ansia. Todas menos una, sobre todo una. Alicia. Mi Alicia. Mi otro amor. Mi gran amor de infancia. No puedo decir si llegué o no a amarla; opino que con 9 años quizá sea difícil amar a alguien. Yo, simplemente, quería que fuese mi novia. Y ella lo fue. Quería darle mi tiempo. Y ella lo tomó. Quería compartir con ella mis recovecos aún oscuros. Y ella los compartió e iluminó.

Recuerdo el primer día que la vi en el barrio. Sus cabellos, cortos, castaños, como ella; suave, con mofletes suaves y un cuerpecito de cerámica vidriada, liso, sinuoso, como un deseo insatisfecho que se retuerce dentro del alma.

Nos presentó una amiga y desde el principio hicimos muy buenas migas. Yo no era experto en amor, pero veía en sus ojos de miel esa luz especial, esa lumbrera anhelante que solo tiembla en el iris cuando el deseo agita el corazón. Imagino que ella también

vio ese brillo en mí, porque me incitaba a jugar con ella y siempre hacía por que estuviésemos solos.

Cuando vi que la situación era claramente propicia —porque tenía una despierta alcahueta que le había sonsacado sus sentimientos—, me planté resuelto delante de ella y, mirándola a los ojos, le dije:

—Alicia, ¿quieres ser mi novia?

—Sí.

Bendito sí. Lo guardo envuelto en un suave paño en un delicado pliegue de mi memoria. Alicia ese día empezó la relación que sacudiría mi interior como pocas veces le ha ocurrido en esta vida.

Alicia era artera, pero a mí me gustaba así, con picaresca. Y además era arrojada; no tenía los remilgos que les enseñan a aparentar a las otras niñas para guardar las apariencias. Cuando Alicia quería un beso, te lo pedía, y cuando quería darte un sopapo, te lo daba sin anuncio ni espera y te dejaba el moflete rojo como una fresa. Alicia era así, muy carismática

Los demás nos dejaban solos para que tuviésemos nuestros momentos de intimidad en los que nos dijésemos lo mucho que nos queríamos e hiciésemos planes de futuro como verdaderos prometidos. ¡Dulce candor! Esos y otros días quedábamos los dos solos para vernos y dar un paseo, a veces entrelazados tímidamente de la mano, balanceando nuestros brazos atrás y adelante y sin atrevernos a cruzar las miradas porque nos daba vergüenza de nuestro roce.

Un día soleado de primavera los dos nos encontramos a solas para pasear. Como tantas otras veces tras haber acabado de hacer los deberes de la escuela, salí a la calle y allí estaba ella, esperándome con una trencita de su liso pelo que caía por la coca de la derecha y un vestido suave azul celeste.

—Hola.

—Hola —me saludó—; vamos a dar un paseo. Ven.

Me tomó de la mano y me llevó adonde ella quiso. Siempre fue lo que ella quiso, salvo en una ocasión. Empezamos a caminar y

acabamos por salir del barrio al campo que lo rodeaba, compuesto principalmente de olivares y alguna plantación de cereales que verdecía por aquel entonces. Empezamos a atrochar por uno de esos olivares donde florecían los rabanillos y alguna que otra florecilla blanca de pequeños pétalos y tallo verdigrís y deslustrado. El sol brillaba en el pelo fino de Alicia mientras seguía llevándome de la mano.

A los pocos minutos de entrar en el olivar, se paró junto a una oliva vieja cuyo tronco estaba partido en el centro, donde se abría un considerable espacio donde podíamos entrar los dos y quedar recogidos entre las pareces de corteza en una penumbra donde hilos y puntos de luz se filtraban entre las afiladas hojas. Alicia me soltó la mano y me miró. Yo la miré también, extrañado.

—¿Qué pasa?

—Esta puede ser nuestra casa

—¿Esta?

—Sí. Mira, esto es la mesa —dijo señalando el tocón de una antigua rama del tronco. Yo lo observé convencido—. ¿Te gusta o no?

—Sí, sí, esta será nuestra casa

—Vale —dijo sonriendo y mirándome fija y picaronamente a los ojos, feliz de mi docilidad—. Ahora dame un beso —me pidió, alargando su cara hacia mí y contrayendo sus labios.

—¿En la boca?

—¡Claro!

Para mí, aún de labios vírgenes e imperitos, aquello era lo más impío que pudiese imaginarse, un atrevimiento más allá de lo impermisible. Mas todo esto no era más que una hipócrita condena moral con la que intentaba tristemente soterrar una vergüenza y un miedo que se me llevaba el color, el aliento y la mente.

—No —le dije—, en la boca no.

Me miró seria y contrariada. ¡Se ponía tan guapa cuando se molestaba conmigo!

—Bueno, pues un abrazo.

—Vale, eso sí.

Me acerqué a ella y la abracé con toda la dulzura que había en mí. Apoyé mi cabeza en su delicado cuello y ella recostó la suya en mi pecho. Permanecemos así un rato mientras los pájaros trinaban y los olores de la primavera se filtraban en la oscuridad del tronco. Recuerdo lo blanda y tierna que era. ¡Yo me sentía tan raro! Nunca había abrazado a una niña y ahora estaba abrazando a Alicia, ¡a mi Alicia! Y es que la primavera la sangre altera.

—Vámonos, que se hace de noche —dije separándome de ella, quizá torpe y bruscamente, cuando los primeros arreboles teñían el cielo con nuestro rubor infantil. Al despegarse su cuerpo del mío, sentí un frío que nunca había sentido.

—Sí, vamos.

Quebré una solitaria amapola que crecía a pocos pasos y se la entregué. Alicia se quedó clavada y la olió durante unos segundos con sus ojos cerrados. Volvimos a entrelazar nuestras manos y caminamos de regreso a casa en silencio. No hace falta decir en palabras lo que ya dice el silencio, ¡y aquel silencio decía tantas cosas!

Aunque yo amase a mi Alicia, no dejaba de relacionarme con otras niñas del barrio o que conocía allende, porque eran mis amigas y disfrutábamos jugando juntos o hablando de nuestras cosas. Yo, he de confesar, también las tenía en mi mente como posibles novias en el caso de que la relación con Alicia se truncase, lo cual mi infortunada experiencia con Beatriz me había enseñado que podía ocurrir, aunque fuese después de un largo tiempo. Esto era porque siempre he sido muy previsor.

Había temporadas en que Alicia y yo coincidíamos con menos frecuencia, como en invierno. El verano, por el contrario, era cuando más frecuentemente nos veíamos a solas porque no había escuela y ambos teníamos todo el día libre para salir a la calle. Yo iba muy habitualmente a su casa para jugar con ella en su cuarto a los muchos juegos que tenía, incluso a las muñecas. Su madre estaba acostumbrada a verme por allí y su padre siempre estaba fuera trabajando.

No recuerdo con exactitud qué época del año era, pero hubo un día en que la relación dio un paso muy importante: fue el día en

el que por fin nos besamos. Dulce recuerdo... ¡Con qué timidez se acercaron nuestras virginales bocas, lentamente anhelantes, para acabar en un roce terne y sutil de nuestros labios! Se había roto una barrera, se había traspasado el abismo que más dificultades ofrece y más paraliza nuestro alma, se había roto la vergüenza. Cuando esa barrera se rompe, solo queda el deleite de los sentidos. Y, al poco tiempo, comprobé que valía la pena echarla abajo.

Siempre fui un niño muy despierto y curioso, y, desde aquel día, todo se precipitó con una rapidez vertiginosa y nada volvió a ser lo mismo para mí.

A ese primer beso siguieron otros, frutos de la paulatina desinhibición. Unos duraban más, unos menos. Lo recuerdo bien. Eran inocentes, sencillos, y derramaban un ingenuo cariño que mis muestras de amor han perdido con los años. A pesar de nuestra corta edad e inexperiencia, esos besos eran sinceros; incluso el primero que me dio con su lengüecita dulce y húmeda. Recuerdo cómo abrió mis labios cuando abrió los suyos, juntando nuestras bocas en un sello perfecto de amor. Entonces deslizó su lengua y jugueteó con ella entre mis dientes. Alicia estaba encima de mí y apoyaba sus incipientes senos en mi pecho. Aún imperito en aquellas artes, moví mi lengua intentando simularla y empecé a jugar con la suya. Alicia era muy apasionada, y aquella vez no lo fue menos; digo más: lo fue con mayor ardor del que jamás me había demostrado. Movía acompasada y suavemente sus mandíbulas, estrechando mi boca con húmedas caricias que se escurrían entre mis comisuras. Le devolví, ardiente, su beso y nuestras bocas comenzaron a comerse con un ansia inusitada en dos niños de esa edad. Nunca olvidaré aquel primer beso.

Había veces en que Alicia me permitía tocarla y examinarla a placer. Se dejaba desnudar, acariciar y tantear sus casi inexistentes senos, sus esponjosas y redondeadas nalgas y su sexo inmaduro. Alicia pedía lo mismo de mí en justo pago y, aunque al principio me diese no poca vergüenza, acabé por consentir y entregarme a su análisis. Los dos nos acostumbramos a nuestra desnudez, que

acabó por resultarnos habitual, natural. Y es que, en verdad, ¿qué hay más natural? A menudo he pensado que no sabíamos lo que hacíamos; mas ¿cómo no? ¿Acaso no disponíamos de nuestros sentidos? Más bien, no sabíamos como luego aprendimos que debíamos saber. Actuábamos sin reflexionar, como impelidos por la naturaleza despojada del asfixiante corsé de las convenciones. Éramos niños y no sabíamos si lo que hacíamos estaba quebrantando alguna norma de nuestra mojigata sociedad; tan solo nos dejábamos arrastrar por nuestra más pura humanidad, por la curiosidad, el deseo y, más tarde, el placer.

Mantuvimos nuestra relación hasta aquel fatídico día en que fuimos descubiertos. Ambos estábamos desnudos, cubiertos apenas por una manta y con evidentes signos de excitación en nuestras caras bermejas cuando la puerta del cuarto se abrió de repente y el padre de Alicia irrumpió por el umbral. Recuerdo cómo montó en cólera, apartó la manta violentamente y me sacó de la cama a la fuerza, tiró de mi brazo y, tras darme un bofetón que me tuvo las orejas pitando todo el día, me hizo vestirme y marchar a casa, mientras Alicia se quedaba llorando con otro bofetón en su mejilla suave y colorada, mojada de llanto.

Yo estaba tan asustado que no me acuerdo ni qué palabras me dijo. Solo sé que salí en huida veloz y me pregunté qué mal había hecho para merecer tal sopapo o a quién había hecho daño. No hallé la respuesta hasta muchos años después.

A los pocos días, y pesar de lo ocurrido, volví a ver a Alicia y le pregunté por qué su padre se había enfurecido de aquella manera y nos había cacheteado.

—Mi padre dice que eso es una guarrada y que esas cosas son de mayores y peligrosas.

—¿Por qué de mayores?

—No lo sé. Pero mi padre lo dirá por algo. Me ha castigado sin que te lleve a casa, pero no sin verte.

El padre de Alicia era un hombre moderado, no obstante el arrebato del día anterior, sin duda provocado por la sorpresa y lo

inesperado del cuadro. Pero era un hombre sensato y, en el fondo, bueno que no consideraba que los castigos debieran hacer sufrir a los hijos, sino acabar con el mal sin sembrar semillas de venganza ni rencor. Creo que fue por esto por lo que solo prohibió a Alicia que me llevase a casa, pero no que se viese conmigo.

—Bueno, no te preocupes, podemos ir a otros sitios.

Alicia asintió sin hablar y me tomó la mano. Nos sentamos en una acera cuando la primavera anochecía y nos quedamos callados, en silencio.



## CAPÍTULO III

Superamos aquel pequeño escollo en nuestra relación manteniéndonos unidos y buscando la manera alternativa de poder disfrutar como lo veníamos haciendo. Desde entonces, en lugar de acariciarnos en su cama, recorríamos nuestros cuerpos en apartados rincones, a veces en el campo, siempre con ojo avizor por si alguien pudiese descubrirnos y sacudirnos. Era triste tener que practicar un acto tan puro en rincones secretos como si fuésemos criminales, pero yo nací en una sociedad que censuraba los besos y colgaba medallas del pecho de asesinos.

Un día apareció en el barrio una niña nueva, esbelta, blanca, casi pálida, y de cabello oscuro: Estela. Nadie sabía de dónde venía, y su moderada belleza no ayudaba a avivar el interés, mas la novedad vuelve atractivo todo a lo que acompaña por el mero hecho de ser inusual. Alicia nunca supo que la conocí, aunque jugaba con Estela habitualmente y llegamos a cruzar palabras de cariño que insinuaban la atracción mutua. A poco estuvimos de ser novios —claro que ella no sabía que yo ya tenía novia—, pero acabé por apartarme de su lado y preferir a mi Alicia. En mi jardín interior estaba sembrada y germinaba poco a poco la idea de la infidelidad, cuyas raíces se robustecían a medida que más conocía la sociedad en que crecía y que la regaba y nutría con sus ideas, sin que por ello dejase de ser demasiado pronto y de parecerme abominable engañar a mi Alicia a tan temprana edad y con una niña cuya belleza no sobrepasaba la de mi *donna*. Un día, Estela me llevó a su barrio para que viese su casa por fuera.

—Mira, aquí vivo yo.

Asentí sobrecogido por hallarme lejos de casa y tan cerca de los padres de mi amor adúltero. Además, aquel hogar me complacía muy menos del que compartía con mi Alicia. Así que me despedí de Estela y volví a casa.

A Estela no la volví a ver sino muchos años después, pero siempre guardé el recuerdo de nuestros tímidos encuentros a solas en los que hablábamos en voz baja.

Este escarceo fue tan solo un devaneo que no tardé en corregir, porque yo, a aquella edad, ya sospechaba que mis actos eran un gran pecado. Alicia nunca lo supo. ¿Para qué preocuparla? Además, nuestra relación estaba por encima de esas cosas. Nos daba igual lo que cada uno hiciese cuando no estábamos juntos; lo único a lo que dábamos valor y teníamos en cuenta era lo que hacíamos en nuestros momentos compartidos. Esos eran los recuerdos y hechos que formaban nuestra historia. Lo demás no nos aportaba nada. ¿Qué pudiera aportar sino desvelos y sombras?

La primavera era nuestra época preferida. Hacía buen tiempo, el sol esplendía y la brisa nos perfumaba con aromas de flores. Solíamos ir al campo y pasar allí largas horas porque el sol se ponía cada vez más tarde. Caminábamos en busca de un solaz umbrío donde nos refugiásemos del calor y allí, a solas con nosotros, proseguíamos con nuestros juegos. Yo la besaba y Alicia me besaba. Nos besábamos. ¡Lo hacíamos con tanta inocencia de amor! Nuestros abrazos eran puros y candorosos como los nardos, tan suaves, tan largos y tan plácidos. Yo cogía flores de todos los colores: blancas, moradas, amarillas, rojas y azules, y se las daba para que las oliese, la savia goteando aún de los tallos recién quebrados. Y Alicia las olía como solo ella sabía olerlas, como la primera amapola que le regalé, con sus ojillos cerrados y una expresión seria, como de examen. Cuando terminaba de olerlas, abría los ojos, me miraba, sonreía y se me acercaba para posar un firme beso que unas veces se abría y otras veces se quedaba en un roce liviano de nuestros labios.

A medida que crecíamos, nuestros juegos fueron más allá de la mera curiosidad y comenzaron a buscar cada vez más el placer. A ello también nos impelía la rutina de nuestros exámenes; ya conocíamos a la perfección el cuerpo del otro, no había curiosidad que satisfacer ni vergüenza que perder. Solo nos quedaban por explorar los secretos recovecos del gozo.

—Alicia, vamos a hacer una cosa. Mira.

—¿El qué?

Estábamos ambos desnudos bajo la sombra de un árbol, rodeados de matas de encinas que nos resguardaban del exterior. El suelo en aquella época era de blanda y fresca yerba sobre la que nos podíamos recostar, el tiempo era templado y el sol brillaba en lo alto de un cielo límpido y raso.

—Uno de los dos tiene que quedarse tumbado, quieto, y dejar al otro hacer lo que quiera con él, y luego cambiamos.

—¿Lo que quiera? —me preguntó con gesto de extrañeza y desconfianza—. Pues como hacemos siempre, ¿no?

—Sí, ¿quieres o no?

—Bueno, vale. Pero empiezas tú tumbado y luego haces tú lo que quieras —consintió al fin sin cambiar el gesto. Me encogí de hombros y acepté. ¿Qué más daba?

Me tumbé sobre la yerba fresca y un escalofrío me recorrió la espina dorsal al contacto con la verdura. Alicia se incorporó y se puso de rodillas junto a mí, mirándome. Yo suspire mirándola, y ella, lentamente, se inclinó hacia mí y posó sus labios semiabiertos en mi cuello mientras acariciaba mi pecho con su grácil mano. Yo seguía mirándola y me dejaba hacer, como había prometido. Al rato, sus besos descendieron a mi pecho y empezaron a parecer reacciones en mi cuerpo que yo no podía controlar y que me inundaban de placer. ¡Era tan placentera Alicia!

Finalmente, descendió de nuevo por mi tripa y acabó dando un breve y delicado beso en mi miembro erecto. Luego, se incorporó y me miró.

—Ahora tú.

Era mi turno.

Me levanté y Alicia se tumbó en el lugar que antes había ocupado. Se colocó boca arriba y me miró con ojos brillantes y de temblorosa impaciencia mientras yo, como ella, me combaba hacia su cuello y depositaba un dulce beso en su garganta, y luego otro, y otro, y otro, hasta que se escapó un sutil suspiro de su pecho por su boca húmeda y semiabierta. Descendí como ella —siempre como ella... ¡me enseñó tanto!— y empecé a acariciar sus pechos recién nacidos, que se endurecieron al capricho de mi boca. Soltó otro suspiro, y cada uno de aquellos suspiros yo los disfrutaba con todos y cada uno de mis sentidos. Se movió para recostarse más cómodamente mientras yo me incorporaba para decirle a media voz:

—Date la vuelta, Alicia.

Ella lo hizo sin decir nada y me mostró su nalgas, que yo tan bien conocía. Sin perder más que el tiempo necesario para que se colocase, comencé a acariciarlas con mis manos y a besarlas, sin apresurarme, a paso y disfrutando cada segundo de entrega a mis roces. Cuando me di por satisfecho, le indiqué que se girara. De nuevo boca arriba, le besé su tripa, que se contrajo involuntariamente, como asustada, cuando mi nariz acariciaba sus lisos contornos, descendiendo lenta pero constante hacia su sexo, apenas con vello y caliente, sobre el cual, tras acariciarlo con mis yemas, deposité un leve beso con el que exhaló su último suspiro.

¡Cuántos momentos compartimos así aquella primavera, Alicia! ¡A mí me gustaba tanto escuchar sus suspiros! Mis oídos se inundaban de ellos y en mis ratos de soledad reverberaban, placenteros, ensordecedores, en mi memoria. Su solo recuerdo me hacía arder por dentro y me sonrojaba las mejillas, y yo adoraba aquellas ráfagas de aire incontinentemente arrancadas del frágil pecho de mi amada por las mañas del instinto. A veces, cuando el juego se alargaba, se le escapaban entrecortados gemidos, que al principio intentaba reprimir por vergüenza, pero que luego dejaba salir libre, sin resistencia, desprendida ya del rubor.

Uno de aquellos días en los que estábamos en nuestro rincón de solaz, inmersos y aislados en nuestra poridad, yo acariciaba su sexo y Alicia disfrutaba con sus ojos cerrados. Cuando mis dedos se entumecieron de cansancio, paré en mis caricias y ella despegó inmediatamente sus párpados y clavó sus ojos en mí, pues normalmente aquellas caricias no acababan hasta que Alicia lo decía. Tomé con mi mano mi pene erecto para introducirlo en aquel misterioso agujero, llave de sus gemidos, espoleado de un impulso que no sabría ni explicar ni comprender. Pero un bofetón en la cara paró aquel incipiente galope. La miré aturrido.

—¡Qué asco! ¿Qué haces? ¿Cómo vas a meter eso ahí, tonto?

Quedé muy corrido por aquella reacción violenta que me había arrancado de mi ensueño y restañado de toda mi sed de placer. Volví a oír los pájaros y la brisa, y caí en la cuenta de que estaba a punto de anochecer. Me fui a incorporar para vestirme suponiendo que Alicia ya no quería jugar más, pero me agarró imperiosa del brazo y me dijo resuelta y categórica, como era ella:

—No quiero que te pares. Sigue como antes, pero no hagas esa guarrada.

La miré confuso y alegre a un tiempo por que no estuviese enfada. Volví a mecarme sobre ella y acariciarla, y así permanecimos hasta que el sol nos obligó a marchar.

Por estos senderos y en estos rincones se mantuvo nuestra relación durante un tiempo breve, hijos de la naturaleza y del placer, al borde y deseosos de abandonarnos a la merced de nuestros padres.

Fue un día en el que los dos estábamos sentados tranquilamente en nuestro rincón mientras hablábamos. Alicia jugueteaba con un ramillete de amapolas que le había regalado y que se llevaba a la nariz de vez en cuando, con cuidado de no manosear los delicados pétalos. Los dos crecíamos juntos y yo observaba cómo su cuerpo iba cambiando con el curso del tiempo, cómo maduraba y redondeaba, especialmente en sus caderas y su pecho, donde sus senos brotaban con una hermosa y exuberante turgencia para una niña de su edad. Como de costumbre, acabamos por jugar a nuestro

entretenimiento favorito, mas aquella vez fue diferente porque al fin no desoímos el llamado del placer. Ocurrió cuando yo estaba acariciando su sexo y ella me paró las manos, se incorporó y me miró a los ojos.

—¿Quieres hacer lo que no te dejé la otra vez?

—¿Cuándo me pegaste?

—Sí.

La observé un momento mientras escrutaba su mirada en busca de algún atisbo de sinceridad. Cuando concluí que no había broma en su pregunta, contesté:

—Vale.

—Pues venga, hazlo.

Alicia volvió a tumbarse y yo, que no creía en mi suerte y tenía miedo de que se esfumase tan pronto como había venido, me apresuré y me tumbé torpemente entre sus piernas abiertas dejando caer mi bajo vientre sobre el suyo. Alicia extendió su mano en una búsqueda incierta y a tientas y me guio hacia su interior, ya que mi torpeza no hallaba camino por el que no marrase el envite.

Un gemido desgarrado de lo profundo de su garganta, más largo que ningún otro me acarició, cálido y suave, el cuello, y yo, inquieto de placer, también gemí.

Fue torpe, desmañado como puede imaginar el lector, abandonados por primera vez a los impulsos de nuestros deseos y a la búsqueda del placer que finalmente encontramos llevados por la más inocente candidez. Alicia apoyó su cabeza en el ramillete deshecho de amapolas que enmarcaban su rostro fatigado en rojo. Sus mofletes también estaban colorados. ¡Era tan dulce el temblor de sus ojos! No cruzamos palabras; lo hicimos en silencio. ¿Qué podrían haber dicho las palabras?

A partir de entonces incorporamos al juego esta gratificante innovación. Ciertos días disfrutábamos durante tarde enteras, sumidos en una nada en la que solo estábamos ella y yo, Alicia y yo. Cuando jugábamos, mi mente volaba, se obnubilaba y me olvidaba de todo. Era mecido a un estado que me sobrepasaba y me anula-

ba, y al que no oponía la más mínima resistencia porque creía que era la bendición más deliciosa de esta Vida. Volvía a la nada que envuelve mis primeros recuerdos y me quedaba en ese sopor placentero en el que ninguna cosa existe sino paz, temblando de gozo mientras Alicia gemía su aliento suave en mis oídos.

No cejamos en nuestras prácticas durante todo el verano, pero en otoño el juego hubo de acabarse porque el tiempo era demasiado frío para andar desnudos a la intemperie y yo tenía prohibida la entrada a casa de Alicia, donde nos habíamos refugiado en tiempos pasados. Sin embargo, todo cambió un día de enero. Varios niños estábamos jugando en la calle, entre los que estaba Alicia, quien aprovechó un momento en el que ambos estábamos solos para hablarme:

—Mis padres ya me dejan llevarte a casa. Hablé con ellos ayer.

—¿De verdad? —pregunté, feliz y entusiasmado.

—Sí. Les prometí que no volveríamos a hacer eso.

—Entonces, aunque vaya a tu casa, ¿no podemos jugar?

—No lo sé. Por ahora, tú vente y ya lo veremos.

—Vale —asentí sonriendo y ambos regresamos con los demás para participar en el juego.

Desde entonces, y hasta que acabó el invierno, pasamos muchos días en su alcoba. Al principio no nos atrevíamos a jugar a nuestro juego favorito, pues temíamos ser descubiertos como la última vez y recibir sendos escarmientos. Con todo, al menos nos podíamos besar tanto como nos pluguiese, con besos dulces aunque agitados de miedo y alerta por si la puerta se abriese de repente. Solo podía tocar a Alicia por encima de la ropa, lo cual resultaba un pobre consuelo para mi ansia y la suya.

Esto fue hasta un día en que nos las apañamos para quedarnos solos en casa. Entonces, amparados en la seguridad del apartamento y de que nadie nos descubriría, Alicia se tumbó sobre su mullida cama y comenzamos a jugar. Había pasado mucho tiempo desde la última y cada vez que nos veíamos el deseo se agolpaba en nuestros ojos y nuestros sonrosados mofletes, pero nosotros

sabíamos que no podíamos saciarlo, lo cual se nos antojaba el más penoso de los tormentos y martirios. Pero aquel día, por fin, pudimos entregarnos ciegamente al deseo y dejar de mortificar nuestros sentidos. Ahora, liberados, desinhibidos, pudieron buscar al fin la nada del placer venéreo.

No fue sino en estos escasos días en que sus padres no estaban en casa y los ratos de siesta, durante los cuales era seguro que nadie nos molestaría ni quebraría el sopor de nuestro cuarto, que pudimos jugar hasta que regresó la primavera. Con el retorno de las flores, salimos volando de aquella habitación de Damocles y volvimos a nuestro natural rincón en los prados y umbrías, donde seguimos disfrutando de nuestro juego secreto más que nunca. Con la creciente experiencia, nuestras habilidades mejoraban y se refinaban, y el gozo era cada vez más intenso.

Yo seguía llevando flores a Alicia porque sabía que aquello la hacía feliz. Las amapolas eran sus favoritas y cuando le llevaba un ramillete, me besaba en el moflete, hundiendo su naricita en mi suave carne de niño y luego olía con ella el aroma de las flores. ¡Eras tan dulce, Alicia!

Una vez, cuando las olía, dije:

—La amapola casi no huele, Alicia.

Pero Alicia no me contestó, sino que no hizo más que entreabrir sus ojos para mirarme y curvar sus labios en una sonrisa inocente. Cerró de nuevo los ojos y sumergió su nariz entre los pétalos. Le gustaba que las delicadas láminas acariciasen su rostro y le cosquilleasen los mofletes. ¡Era tan linda!

Los dos éramos felices y lo fuimos durante algunos años, aunque no sabría decir cuántos.

Sin embargo, a medida que crecíamos, todo se complicaba. Comenzaron a aparecer normas y deberes, como caídos del cielo, que condenaban nuestro juego. Al principio me resistí a aceptarlo, pero tuve que acabar por reconocer que aquello no era un juego, sino un pecado contra Dios. Y de los peores además. Peor que mentir o puede que hasta robar, o al menos era más censurado, castigado

y víctima de la condena social. Mi alma de niño se debatía entre dar riendas sueltas a sus placeres instintivos o embridar el caballo de sus pasiones y constreñirlo para que no se encabritase. Mi corazón se debatía por acabar o no la relación con Alicia, mi Alicia; por contenerme o por sumergirme en el disfrute amancebado e ir derecho al Infierno, idea que, por otra parte, nunca me ha parecido ni muy probable ni muy temible. Por eso seguí jugando con Alicia igual que antes.

Mas, poco a poco, y cuanto más crecía mi fe en Jesús y más los curas de mi escuela cargaban contra la sexualidad, fui temiendo más y más estar manchando mi alma con una mácula indeleble. Yo amaba a Alicia, pero también quería a Jesús. Y, según los curas, Jesús era mucho más importante y me quería mucho más que Alicia o cualquier mujer. Esto último no sabía si creerlo o no, pero en cuanto a lo primero, Jesús iba tomando progresivamente un espacio más relevante en mi vida y yo quería cumplir con sus preceptos antes que con los de mis sentidos. Mi interior estaba angustiado y, finalmente, en los albores de mi adolescencia, comprendí, o más bien acepté, que debía reprimirme y cesar de jugar a aquel juego de réprobos.

Así pues, un día que estaba a solas con Alicia, sentí que había llegado el momento de comunicarle mi decisión.

—Alicia, ya no quiero jugar más al juego.

—¿Por qué? —me preguntó extrañada y preocupada.

—Porque está mal. Es pecado. Y es de mayores y, además, solo casados. Lo dicen los curas y la Biblia.

Alicia no replicó, convencida, o quizá extrañada, de oír en mi boca tales razones que yo consideraba de tanto peso y convincentes, aunque creo que a ella le importaban un pito. En su mano hacía girar una amapola que le acababa de regalar, de las últimas que quedaban en el campo y la última que le entregué a ella. Un pétalo cayó al suelo.

—Entonces, ¿ya no somos novios? ¿Se puede ser novios sin jugar? —me preguntó, inocente.

Callé un momento. No había pensado en eso, pero con un rápido razonamiento consideré que, si no jugábamos, no tenía sentido mantener el noviazgo.

—No, Alicia, ya no somos novios.

—Bueno. Amigos, al menos, sí, ¿no?

—Sí, eso sí.

Permanecimos callados un rato en el rincón de nuestros besos y pecados. ¡Pecado! ¿Quién pudiera llamar a aquellos besos de amor puro y casto, de curiosidad infantil y jugueteo cándido pecado? ¿Quién pudiera reprimir aquel espíritu de la naturaleza desbocada por el reino del placer, esa impregnación de gozo y el disfrute de cada instante de existencia, sino la más desalmada e ignorante de las moralidades? Sentí una pena amarga cuando hube de acabar con nuestra relación, porque no comprendía qué había de malo en ello y hube de forzarme a mí mismo a convencerme de mi decisión y aceptar que lo correcto era olvidarlo y rechazarlo. Durante todo el tiempo que nos amamos apenas comprendía lo que hacíamos, aquel fruto de nuestra inocencia que masticábamos ciegos de instinto y de Vida; pero entonces solo sabía que aquello debía terminar. Allí y así acabó nuestra relación. Jamás la he podido olvidar ni la olvidaré. Me había dado tanto... más que nadie, quizá. Un día, muchos años después, volví a encontrármela, y seguía exactamente en el mismo lugar en que me separé de ella: en la morada de las amapolas.